



**EL BUFON,
Ó EL SACRIFICIO DE UN HIJO.**

CRONICA DEL SÍGLO XIII.

I.

Desesperacion.

ERA el año de 1342, aniversario de la toma de Algeciras, arrancada al poder de los moros por Alfonso Onceno despues de una larga y vigorosa defensa por parte de los sitiados, y mil hechos

de valor ejecutados por los castellanos ó algunos de los muchos extranjeros que auxiliaron al rey en su santa empresa.

Acababan de dar las nueve en la torre de una de las iglesias, y poco á poco iba restableciéndose el silencio, solo interrumpido por los que aspiraban la frescura de la noche, tranquila y pura como lo son las de verano á orillas del mar. Era la víspera de la Asuncion, y el día siguiente debía ejecutarse una magnífica fiesta para celebrar la toma de la plaza.

En una callejuela sucia y estrecha reinaba el mayor silencio, hallándose cerradas todas las puertas y ventanas, excepto las de una casa, si merece este nombre la grosera union de algunas bigas negras y podridas, mal cubiertas con tablas. En lo interior habia una gran chimenea casi destruida con una virgen groseramente esculpida; junto dos bancos cojos y una artesa roida de gusanos que servia de mesa. En un rincon un miserable lecho cubierto con guñapos, y en él una vieja de arrugado semblante que dormia en aquel momento, aunque á primera vista conocíase que su sueño era el de un enfermo.

A la cabecera hallábase sentado en un banco un ser, que no podia obtener mejor calificacion que la de un monstruo. Figuraos un cráneo sin cabellos, liso y brillante á los rayos de la luna que penetraban por una claraboya; ojos á flor de cara y sin pestañas, dejando descubierto todo lo blanco, cercado de un color sangui-nolento; la nariz perdida en las protuberancias de un rostro horriblemente destrozado, y la boca espantosamente contraída. Aquel infeliz era Juan Nadal, que no siempre fué pobre y asqueroso; al contrario, en otro tiempo tuvo ojos azules y cabellos rubios, y conoció las comodidades del bienestar, ya que no de la fortuna; pero solo le habia quedado un alma angelical oculta en el cuerpo de un monstruo.

Una noche se prendió fuego á su casa, propagándose el incendio con tal rapidez, que Juan para salvarse tuvo que saltar por una ventana. Ya en salvo, se acordó el niño, que solo contaba trece años, de que su madre se habia quedado entre las llamas, y con el mayor denuedo penetró por en medio del incendio hasta la habitacion de su madre, cogiéndola en brazos. Cuando se disponia á salir, la escalera, ya consumida, vino á tierra, y él cayó en un torbellino de llamas y de cenizas, estrechando contra su corazon su preciosa carga.

Los que acudieron á apagar el incendio salvaron á la madre y al hijo; pero este salió de las llamas medio consumido, quedando marcado en su rostro su amor filial. Para colmo de infortunio, gracias á la ignorancia de aquellos tiempos, corrió la voz de que el demonio habia caído sobre aquellos infelices; todo el mundo huyó de ellos, y se vieron obligados á dejar su patria, ocultando sus lágrimas y su miseria en la plaza de Alegirras.

Enferma la madre ya hacia tres meses, Juan subvenia á sus necesidades á fuerza de trabajo; pero dos dias antes se concluyó este, y Nadal y su madre no tenían un pedazo de pan que llevar á la boca. La enfermedad ganaba terreno, la agonía estaba cerca, y Juan no encontrando recurso alguno, pensaba en los medios de salir de estado tan angustioso.

Tal era la impresion que le dominaba, cuando de repente se levantó del banco de madera con un movimiento convulsivo, besó piadosamente la descarnada mano de su madre, alzó los ojos al cielo, hizo la señal de la cruz, y abriendo con mucho tiento la puerta se lanzó á la calle como un desesperado.

II.

El hijo.

Corrió al principio acá y allá, como uno que quiere aturdirse para llevar á cabo una resolucion cruel, y se dirigió por último hacia el mar absorto en sus reflexiones; pero poco á poco la soledad que le rodeaba, el frescor de la noche, y la hermosura del cielo fueron calmando su sangre, y revivieron sus ideas. De este modo llegó á la catedral, en cuya plaza habia un grupo de ciudadanos que se entretenian en hablar de las fiestas preparadas para el dia siguiente.

Juan, para evitar su encuentro, costeara las paredes de la catedral, cuando el ruido de una carraca le hizo detenerse. Era el pregonero, que adelantándose con gravedad hácia el grupo de ciudadanos, leyó en un gran pergamino que tenia en la mano lo siguiente:

«A los respetables vecinos de Algeciras, salud y bendicion.

«Por la presente anuncia el muy honrado señor Pedro Letara, por la gracia divina gran preboste de la Iglesia Catedral de Algeciras, que mañana, conforme á decreto del muy noble y religioso monarca Alfonso llamado el oncenno, se celebrará un misterio, siendo su argumento: *la Asuncion de la bienaventurada Maria*; y como el referido señor gran preboste no se ha provisto todavía del personaje de *bufon*, ofrece diez piezas de plata al que quiera desempeñar el susodicho papel en el Auto sacramental de la *Asuncion*.

Esto dicho: Amen!»

Desesperado, medio muerto de hambre oyó Juan las palabras *preboste de la Catedral y diez piezas de plata*, y echó á andar dirigiéndose á la tranquila morada del Señor Pedro Letara,

:

que era la casa mas bella de la plaza, y justamente se hallaba frontera á la puerta de la catedral. La parte inferior, construída por debajo de tierra, era sumamente oscura; pero la otra mitad, adornada con un lindo balcon de enverjados de madera, y sobre la cual la luna vertía sus brillantes rayos, parecia una segunda iglesia elevada enfrente de la catedral. Juan empuñó precipitadamente la cruz de hierro que servía de llamador, y lo dejó caer sobre la puerta. Toda la casa resonó con el golpe, y algunos instantes despues entraba en ella.

El señor Pedro Letara se hallaba en el oratorio, y Verónica, su ama, alzó el tapiz que cubria la puerta, y dijo introduciendo á Juan en el oratorio:

—Señor, os traigo un bufon.

—Bendito sea Dios! dijo el preboste, acercándose á examinar con una luz la figura de Juan.

Si por casualidad habeis visto á algun hombre registrando una cueva, y retrocediendo espantado al ver á un buho con los ojos fijos en él, formareis una idea aproximada de lo que sucedió al señor Pedro Letara. Con la cabeza inclinada hacia atrás, miraba asustado á Juan, que se mantenía inmóvil como una estatua, y mirando como un estúpido, mientras Verónica hacia ademan de persignarse, pensado que se hallaba en presencia de algun enviado de Satanás.

El sacerdote salió de su admiracion, y despues de hacer algunas preguntas al bufon, le entregó tres monedas adelantadas, despidiéndole hasta el dia siguiente. Juan se enjugó dos lágrimas que corrían por sus mejillas, compró algunas provisiones, y se dirigió á la barraca, encontrando á su madre despierta y llena de inquietud por no ver á su hijo.

—Bendita sea la Santísima Virgen! dijo al verle entrar; qué buen alma ha tenido piedad de nosotros?

—Comed, madre mia, contestó temblando el pobre Juan; bebed un poco de este vino añejo que os dará fuerzas.

—Pero de dónde has sacado todo esto?

Juan dijo á su madre la verdad, y poco faltó para que la anciana tirase con horror todo cuanto habia llevado su hijo. Luego le estrechó en sus brazos bañándolo en lágrimas y diciendo:

—Virgen Santísima!... con que has creído que comería y bebería el fruto de tu verguenza!... Hijo mio, querido Juan, no vayas al auto; prométeme no ir á ejecutar ese infame papel que te convertirá en instrumento de amarga pena para tu madre, y objeto de burla para los demás.... Se reirían de tí, te insultarían gritando: *qué feo es!* porque no te conocen cómo tu pobre madre, tu madre que no quiere que nadie se mofe de tí.»

Y estrechaba á Juan contra su pecho como si temiese que alguno fuera á arrebatárselo!

III.

El auto sacramental.

La ancha nave de la catedral, los costados, las galerías y hasta las cornisas de los pilares, todo estaba ocupado al día siguiente por una multitud tan compacta que no se podía ir hacia atrás ó hacia adelante, y era preciso clavarse en un sitio, sufriendo los empujones, codazos y sacudidas que tanto abundan en tales ocasiones.

En el coro y sobre el altar mayor, se habia levantado un teatro que representaba un trono de nubes con una pequeña tribuna encima. En el solio hallábase sentado un venerable anciano de barba y cabellos blancos, y vestido con una ancha capa azul sembrada de estrellas de oro, cuyo personaje representaba á Dios padre. Sobre su cabeza, á sus pies y en derredor suyo revoloteaban unos cuantos angelitos muy ufanos, que gracias á un mecanismo bastante diestro tocaban música, dando en una campana con martillos de plata.

En el coro y mas abajo del altar habia un lecho mortuario, en el cual acostaban á la Virgen.

Restablecido el silencio, se dió principio á la misa, durante la cual dos ángeles enviados por el padre Eterno, cogieron en brazos á la Santísima Virgen, llevándosela al cielo con la mayor delicadeza.

Era costumbre que desde el Evangelio hasta que se alzaba á Dios, apareciese en la tribuna por debajo de las nubes el malhadado bufon, que alegraba á los concurrentes con su traje chocarrero, sus muecas y su fealdad.

Luego que la Virgen, en su dulce ascension, pasó la lámpara dorada del coro, concluyó el Evangelio, y se oyeron gritos por todas partes pidiendo que saliera el bufon. Entonces apareció el pobre Juan Nadal con su atalage de bufon, y su vista causó el mayor desorden, prorrumpiendo los unos en risas frenéticas y los otros en groseros insultos, estos en sangrientos apóstrofes, y aquellos en muestras inequívocas de disgusto y horror.

Las mujeres se tapaban la cara para no ver al bufon, ó tal vez para acrecentar el deseo de contemplar un ser tan extrañamente deforme: los niños lloraban, los juvenes aplaudian con silbidos, y entre tantos no habia uno que descubriese las lágrimas que abrasaban el rostro del infeliz.

Por fortuna la campanilla del monago anunció iba á alzarse á Dios, el bufon desapareció, y todo se abismó en el mas profundo silencio. Pero despues de la misa, volvieron á empezar los gritos y las vociferaciones, y el bufon tuvo que salir por segunda vez.

Desgraciado! cómo le hubieran compadecido á saber los tormentos que sufría! Tenía delante una especie de hidra con millares de cabezas que se agitaban, millares de ojos que le amenazaban y le insultaban, millares de bocas que se abrían para devorarle!

Y él estaba allí, solo, con los ojos vidriados, el corazón casi sin pulsación, no teniendo para sostenerse otras armas ni otra defensa que un pensamiento: su madre! su pobre madre por la cual se sacrificaba, y de cuyos brazos se había arrancado violentamente aquella mañana!

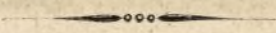
Algunos instantes más y Juan veía llegar la hora de su libertad, cuando un hombre que cabalgaba en una cornisa, le arrojó una piedra, la cual le dió en la frente: mil brazos se alzaron á la vez para tirarle manzanas, peras y hasta guijarros, de suerte que en pocos minutos el pobre mancebo se vió lleno de heridas y cubierto de sangre. Juan se agitó al principio de mil maneras para librarse de aquella infame lapidación; pero viendo que sus esfuerzos no servían más que para escitar su rabia, se detuvo pálido y sin aliento paseando sus ojos por toda la concurrencia. Oh! de qué no hubiera sido capaz en aquel momento para vengarse! Agarrado á una columna, intentaba como Sansón derribar la iglesia para aplastar á aquellos filisteos. De repente, viendo que se aumentaban las risas y los insultos á la vista de su angustia, les lanzó una mirada de tigre, y volviendo la espalda se precipitó detrás de la tribuna sobre las losas de mármol del coro.

La Virgen llegaba á la sazón en brazos del padre Eterno, y un ángel la coronó con aclamación universal; pero cuando las nubes envolvieron la corte celestial, el pueblo salió en tumulto, corriendo en pos de otras diversiones.

CONCLUSION.

Aquella misma tarde el pueblo reunido en la plaza mayor disfrutaba de un banquete do reinaba la mayor abundancia, pero el bufón que debía presidir aquella fiesta no se hallaba allí, viéndose desocupado el asiento que le destinaban.

La callejuela donde vivía la pobre vieja estaba silenciosa y desierta, y la infortunada madre de Juan, sola en su choza, escuchaba llorando los gritos del pueblo, y esperaba con ansiedad la vuelta de su hijo. De pronto entró un hombre, y luego otro: entre ambos había unas andas, y sobre ellas iba Juan con la cabeza partida. Su madre lo vió, y no dijo una palabra, ni lloró, ni exhaló el menor grito, ni dió siquiera un suspiro. Los hombres creyeron que dormía, y trataron de despertarla; pero estaba muerta!



HISTORIA SAGRADA.

(CONTINUACION DE LA HISTORIA DE SAUL.)

La embriaguez es un vicio horrible que degrada al hombre, lo enerva, le embrutece y lo iguala á los seres mas asquerosos de la creacion. Viendo Abigail á su marido en aquel estado, y juzgándole incapaz de comprenderla, aguardó al dia siguiente para explicarle su conducta; pero la orgía de la vispera habia extinguido en él todo sentimiento, toda inteligencia. Permaneció insensible como una piedra, y murió al cabo de diez dias.

Luego que supo David de qué manera habia caído sobre Nabal la mano del Señor, dió gracias á Dios, porque le vengaba de los ultrajes que le habia hecho aquel hombre.

La conducta de Abigail interesó vivamente á David; se acordó de todo lo que habia oido decir acerca de su virtud, su honradez y su generosidad, y habiéndola pedido en matrimonio se casó con ella á muy poco tiempo.

No apagado del todo el odio que Saul profesaba á David, se encendió mas ardiente, mas terrible que nunca.

El rey partió á la cabeza de tres mil hombres escogidos para ir á buscar al desierto de Ziph al que tenia por enemigo.

Cuando supo David que las tropas de Saul le perseguian, envió un confidente á que examinase su posicion, y en seguida se acercó al campamento del rey con Abisaias, uno de sus escuderos, y observó el atrincheramiento de la tienda de Saul. Cuando llegó la noche, penetró hasta donde se hallaba el principe, que estaba acostado y dormia profundamente, lo mismo que Abner, hijo de Ner, general de sus tropas y toda su gente.

Abisaias dijo á David:

—«Dios os entrega hoy vuestro enemigo. Voy á darle un lanzazo tan terrible que solo vivirá un segundo, pues le pasaré de parte á parte.

—No le mates, porque el hombre que pone su mano sobre el que ha recibido los santos óleos, comete un crimen horrible. Coge su copa y su lanza que está clavada en el suelo junto á su cabecera.»

Hízolo así, y salieron sin que nadie los viese, porque el Se-

ñor había sumido á todos aquellos hombres en un sueño profundo.

Luego que David llegó á una eminencia situada á cierta distancia del campamento, llamó á Abner en alta voz.

—«¿Quién sois, respondió éste, para gritar así y turbar el sueño del rey?

—No sois un hombre de valor? repuso David; por qué pues no habeis custodiado al rey vuestro señor? Mientras dormiais, han entrado en su tienda para matarle. Mirad la copa del rey y la lanza que tenia á la cabecera.»

Saul conoció la voz de David, y le preguntó:

—«No eres David?

—Sí señor. Por qué me perseguís? qué os he hecho? qué crimen he cometido?

—He pecado; vuelve á mí, David, que en lo sucesivo no te haré mal alguno, por haber respetado hoy mi vida. He obrado como un loco en dar oídos á cosas que no son ciertas.

—Que cualquiera de los soldados del rey, dijo David, venga por su lanza. El Señor premiará á cada uno segun su mérito y su fidelidad. De la misma manera que vuestra alma es sagrada á mis ojos, así Dios salve la mía y me libre de toda clase de males.

—Bendito seas, David! saldrás bien de todas tus empresas, y tu poder será muy grande!»

Saul se volvió á Gabaa con todas sus tropas.

Temiendo David que este príncipe, escitado por sus consejeros, tramase alguna cosa contra él, se dirigió con sus seiscientos hombres á casa de Achis, hijo de Maoch, rey de Geth, en el pais de los philisteos. Este rey le dió la ciudad de Siceleg para que residiese en ella; y aunque Saul supo el lugar á que se había retirado, no le turbó en manera alguna.

La conducta de David para con Saul es un doble ejemplo que debeis seguir. Perdonad, amables niños, á los que os ofenden, porque vale mas obligarlos á pedirlos perdon á fuerza de generosidad y grandeza de alma, que satisfacer vuestra venganza castigándolos vosotros mismos.

V.

APARICION DE SAMUEL.—MUERTE DE SAUL Y DE JONATHAS.

David residió cuatro meses en las tierras de los philisteos, haciendo frecuentes correrías contra los amalecitas y contra los habitantes de Gessuri y de Gerzi.

Hacia estas expediciones con tanta prudencia, que Achis ig-

noraba siempre porque parte las hacia, con lo cual este príncipe tenía gran confianza en él.

En la misma época, los philisteos reunieron sus tropas para combatir contra Israel, y Achis dijo á David:

—«Te llevaré conmigo á la guerra, y siempre te pondré al frente de mi guardia.

—Ya vereis cual será la conducta de vuestro servidor.»

El ejército de los philisteos fué á acampar en Sunam, y habiéndolo visto Saul, se llenó de admiración, penetrando el miedo en su alma.

Entonces consultó al Señor; pero no obtuvo respuesta ni en sueños, ni por medio de los sacerdotes ó los profetas.

Dirigióse disfrazado, y acompañado únicamente de dos hombres, á casa de una mujer que al decir de sus oficiales leía en el porvenir, y pasaba por maga ó hechicera.

—«A quién quereis que haga venir aquí? le preguntó la mujer.

—A Samuel.»

La mujer lanzó un grito, y cayó en tierra boca abajo. Un anciano envuelto en una capa apareció de repente, y Saul reconoció á Samuel ante el cual se inclinó.

—Para qué turbais mi reposo? dijo el santo varón.

—Me encuentro en una extraña perplejidad. Los philisteos me hacen la guerra, y Dios se ha retirado de mí: no ha querido responderme cuando le he interrogado, y por esto os he hecho llamar.

—Para qué os dirigís á mí? El Señor os ha abandonado para favorecer á vuestro rival. El reino de Israel pasará á manos de vuestro yerno David, porque habeis despreciado las órdenes del Señor. Mañana Israel caerá en poder de los philisteos, y vos y vuestros hijos vendreis á uniros conmigo en la tumba, que he dejado por mandato de Dios.»

Saul, espantado con estas palabras, cayó en tierra sin fuerzas; pero la mujer que pasaba por hechicera le sirvió algun alimento que le dió un poco de vigor, y despues de esto el rey volvió al campamento con su gente.

Las tropas de los dos ejércitos estaban formadas en orden de batalla: los príncipes de los philisteos marchaban á la cabeza de sus soldados, divididos en pelotones de á ciento y de mil. David, acompañado de su gente, marchaba en la retaguardia con Achis.

—«Qué hacen ahí esos hebreos? preguntaban los príncipes de los philisteos.

—No conoceis á David, que ha servido al rey de Israel? hace un año que se refugió á mis tierras, y desde entonces nada he tenido que observar que desmerezca en él, respondió Achis.

—Decidle que se vuelva á su albergue, y que no tome parte en la batalla, pues para aplacar á su soberano, tal vez se vuelva contra nosotros y derrame nuestra sangre.»

Achís llamó á David.

—«Juro por el Señor que tengo fé en tu fidelidad. Apruebo la conducta que has observado para conmigo, y desde el día en que me pediste albergue no me has dado motivo alguno de queja; pero los príncipes no quieren verte aquí. Márchate pues, y no te presentes á su vista.»

Cuando David llegó á Siceleg, halló la ciudad destruida y saqueada. Los Amalecitas, aprovechándose de su ausencia, la habían puesto sitio, y después de tomarla por asalto, habían hecho prisioneros á las mujeres y los hijos de los que acompañaban á David, hallándose entre las que sufrieron esta desgracia las dos mujeres de David.

Este con el corazón lleno de tristeza, consultó al Señor, y conforme á su respuesta, se decidió á acometer á los enemigos. Partió pues, y llegó á un llano donde los Amalecitas hacían una especie de fiesta para celebrar su victoria.

Cayó sobre ellos, los derrotó completamente, y solo se escaparon unos cuatrocientos, que huyeron en camellos.

Recobró los prisioneros y todo el botín que los enemigos habían sacado de Siceleg.

Entre tanto se trabó la batalla entre los filisteos y los israelitas, siendo estos derrotados, y pereciendo en la acción Jonathás, Abinadab y Melchisua, hijos de Saul. Herido el mismo príncipe, dijo á su escudero:

—«Saca la espada y mátame, para que esos hombres no me insulten al quitarme la vida.»

No atreviéndose éste á ejecutar las órdenes que se le daban, Saul empuñó la espada, y se arrojó sobre ella.

Su escudero creyéndole muerto, se mató á su lado.

Al día siguiente, habiendo encontrado los filisteos á Saul y sus tres hijos entre los cadáveres, cortaron la cabeza al rey, y publicaron su victoria por todos los países vecinos.

Los habitantes de Jabés y de Galaad cuando supieron la muerte de Saul, enviaron sus guerreros mas valientes en busca de su cadáver así como los de sus hijos, y después de quemarlos, enterraron sus cenizas en el bosque de Jabés, y ayunaron por espacio de siete días en señal de luto.

Saul se hallaba en Siceleg, ignorante de lo que había sucedido, cuando al cabo de tres días se le presentó un hombre lleno de fatiga con los vestidos desgarrados y cubiertos de polvo.

—De dónde vienes? le preguntó David.

—Me he escapado del ejército de Israel.

—Qué es lo que ha sucedido? dímelo.

—Dada la batalla, el pueblo ha huido, y abandonados Saul y su hijo Jonathás, ambos han perecido.

—Cómo sabéis que el rey ha muerto?

—Pasaba por casualidad por el monte de Gelboé, cuando ví á Saul tendido en el suelo. Había procurado traspasarse con su lanza; pero á pesar de la gravedad de su herida, todavía respiraba. Me llamó y me dijo: «mátame, yo te lo ruego, porque sufro grandes dolores, y aun estoy lleno de vida.» Pensando yo que no podría vivir mucho tiempo, y no queriendo prolongar su agonía, le acabé de matar, y apoderándome de la diadema que ceñía su frente y de la pulsera que llevaba al brazo, os las traigo, porque sois mi señor y amo.»

Al saber esta noticia, David desgarró sus vestidos, y toda su gente le imitó, entregándose á las lágrimas y el dolor, y ayudando hasta la noche. David dijo en seguida al jóven que le habia dado todos estos detalles:

—«De dónde eres?

—Soy hijo de un extranjero, de un amalecita.

—Cómo te has atrevido á poner la mano sobre el elegido del Señor? Este es un crimen que expiarás con el sacrificio de tu vida!»

Y ordenó á uno de los suyos que le diese muerte.

David en esta circunstancia se mostró digno del favor que Dios le concedía, porque al saber la muerte de Saul, no se acordó de que era su enemigo y su encarnizado perseguidor, y lloró al que el Señor habia elegido rey, deplorando el horror de sus últimos momentos.

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

ENTRE todas las ciudades de España es acaso Sevilla la que ha gozado de mas renombre y esplendor. La fundaron los fenicios, dándola el nombre de Hispal, y en las guerras púnicas figuró en la historia como enemiga de los romanos, y aliada de Anibal. Luego que los romanos conquistaron la Bética, eligieron á Sevilla por capital de una de las cuatro provincias en que dividieron el pais, y Julio César añadió á esta distincion el nombre de *Julia Rómula* que le permitió usar, concediéndola además el derecho de batir moneda y de tener fortificaciones. Poseyeron los romanos á Sevilla hasta el año de 411 en que vino á poder de los vándalos, pasando á poco á poder de los reyes godos. Despues de la batalla de Guadalete dada en 711, se retiraron á Sevilla va-

rios de los caudillos que escaparon de la mortandad, y trataron de defenderse; pero muy pronto tuvieron que rendirse, y quedó Muza dueño de la ciudad, así como de toda España, que pasó al dominio de los Califas de Damasco. Sevilla, sin embargo, se declaró al fin por Abderramen, nombrado en Córdoba Califa de Occidente, y cuando á últimos del siglo X hubo en toda la España mahometana grandes trastornos, se proclamó Sevilla reino independiente, y eligió soberanos particulares, que la rigieron mas de cien años.

El último de sus reyes que fué Aben-Amet, tuvo la imprudencia de pedir auxilio contra los cristianos al jefe de los Almoravides, bárbaro conquistador que se habia apoderado de toda la parte Occidental del Africa, y que desembarcando en España con innumerable hueste, puso sitio á Sevilla, y la obligó á rendirse despues de una tenaz resistencia. El infeliz monarca, víctima de su confiada credulidad, acabó sus dias en una prision; y toda la península quedó desde entonces en poder de los almoravides. El reinado de estos no fué de larga duracion, porque la poderosa faccion de los almoades se levantó contra ellos, y habiéndolos vencido, envió Sevilla diputados al nuevo rey Abdelmomen, que fué á fijar en ella su residencia. Los soberanos de esta raza dueños de parte del Africa y de España se vieron en estado de armar poderosos ejércitos, y conquistar el resto de la Península; pero uno de ellos perdió la famosa batalla de las Navas de Tolosa, con lo que dió fin la unidad mahometana en España; porque desde entonces faltó el conjunto en las operaciones militares de los árabes; muchas provincias y aun ciudades se erigieron en reinos, y nombraron soberanos particulares, que limitaron su ambicion á defender sus estados. Sevilla no resistió mucho tiempo, y se rindió á Fernando III de Castilla el 23 de noviembre de 1248, habiendo permanecido desde entonces bajo el dominio de los reyes católicos.

La riqueza y poblacion de Sevilla, así como la feracidad y hermosura de sus alrededores, son proverbiales. Tambien habrá pocas ciudades que contengan mayor número de edificios dignos de atencion, bastando solo nombrar la catedral, el alcazar, el consulado, la fábrica de tabacos, y una porcion de iglesias y monasterios magníficos.

Pero el edificio mas interesante que contiene Sevilla es sin duda el alcázar ó antiguo palacio de los reyes moros. Sabido es que los reyes de España y todos los señores poderosos de su corte adoptaron la arquitectura árabe con algunas modificaciones que debia producir naturalmente el renacimiento del estilo griego en Italia; y por lo mismo es el alcázar de Sevilla un tipo de este arte mixto.

Se principió en tiempo de los reyes moros, y se acabó en el reinado de D. Pedro el Cruel ó en uno de los inmediatos, y es imposible ponderar la magnificencia de tan hermoso edificio. Hay una prodigalidad de mármoles increíble; y el agua riega muchas habitaciones y los suntuosos jardines. Uno de los patios rodeados de galerías es verdaderamente un tipo de hermosura y elegancia. La sala de embajadores tiene treinta pies cuadrados, y está tan llena de adornos de mármol tan rico, que en nada cede á las mejores cámaras de la Alhambra; pero se observa cierta disposicion en las columnas y capiteles que indica una vuelta al gusto antiguo y aquella oportuna mezcla que se verificó en los siglos XV y XVI de las proporciones griegas y romanas con las riquezas del arte gótico y árabe que principalmente en habitaciones particulares constituye el *non plus ultra* de la belleza y de la elegancia. El alcázar de Sevilla es un modelo en este género.

En los tiempos mas modernos ha sido habitado el alcázar por la reina Isabel I, por Carlos I, por Felipe V, que tuvo pensamiento de establecer en él su residencia, y últimamente por Carlos IV y por Fernando VII.

C. DE T.

AL ARCANGEL DE MI GUARDA.

INVOCACION.

EN tí mi esperanza fundo;
Sin tí todo me acobarda:
Puro arcangel de mi guarda,
Defiéndeme tú del mundo!

Jamás sus vanos placeres
Esciten ¡ay! mis antojos!
Jamás fascinen mis ojos
Los ojos de las mujeres!

Que cuestan penas y luto
Sus alegrías y amores,
Y dan tan hermosas flores
El desengaño por fruto!

Desde hoy, desde este momento,
Arcangel mio, serás
Quien solo merecerás
Vivir en mi pensamiento;

Poniendo á su santo amor
Por hermosa compañía,
El recuerdo de María,
y la imagen del Señor!

Puro arcangel inmortal,
En tí mi esperanza fundo:
Guíame tú por el mundo,
y librame de su mal!

GREGORIO ROMERO LARBAÑAGA.

LA VOLATERÍA.

Fábula.

Diversas aves de distinta especie
De una casa de campo en el corral
Vivian, y admirando su destino,
Así yo dije su calma al contemplar.
» Sin vicios que desdoren su belleza,
Alzan altivas la risueña faz,
Y en su redor no brama arrebatado
De mezquina pasión el huracán.

Es cierto que sañudo cocinero
Sus filas disminuye con crueldad;
Pero tambien ignoran que hay un fisco,
Y que obligadas se hallan á pagar.
Ni el dia de mañana las inquieta,
Ni á herir su corazon el odio vá,
Y solo agita su tranquilo pecho
El deseo de amor y libertad.»

Mientras esto decia yo á mis solas,
De la puerta aparece en el umbral
Una vieja, y llamando á la bandada,
Blanco trigo rocía acá y allá.
¡Qué cambio, Dios mio! presurosas
Acuden en tropel, y con afán
El grano se arrebatan de la boca,
Y gritan y se pegan sin piedad.
La polla á picotazos arrincona
Al pichon infeliz que echa á volar;
El pato á la paloma quita el trigo;
Al capon roba el gallo; y ¡oh maldad!
Orgullosa, soberbio é impudente,
Cogiendo gran espacio el pavo real,
A todos amenaza, y los insulta
Gritando el muy gloton *karakakráa!*
No faltó sin embargo alguna madre
Que á sus pobres polluelos sin cesar
Estubo dando trigo, defendiéndolos
De la turba famélica y voraz;
Y hubo tambien algunos gorriones
Que, aunque tenian gran necesidad,
Desde el tejado vieron la pitanza,
Sin atreverse ¡oh cielos! á bajar.

Entonces amostazado
Dije en voz alta: «bah! bah!
Tan menguadas son las aves

Como los hijos de Adan.
El niño, el jóven, el viejo,
El paisano, el militar,
El noble ilustre, el plebeyo,
El literato, el patan....
Todos del ciego apetito
Nos dejamos arrastrar;
Y si vencer no podemos
Con vil astucia falaz,
Por un duro, por un grano
Pelemos ¡voto vá!
Y siempre vence al derecho
La torpe fuerza brutal!»

TENORIO.

